AMERICANA

Boletín Informativo de la Embajada de los Estados Unidos - Panamá

Agosto 2005

La Identidad Estadounidense

Por Marc Pachter

El autor examina el "contrato social perdurable" que es la base de Estados Unidos de América, que define la comunidad y la cultura de la nación. "Desde sus comienzos, pocas han sido las ideas utópicas en la corriente principal del pensamiento político estadounidense, y poco el sentido de un Estado ideal o de una condición humana ideal que se deba construir mediante la planificación social", dice Pachter. "Más bien ha sido la propia condición de esforzarse, de evolucionar, la experiencia de vivir libremente, lo que estimula la imaginación nacional". Son particularmente reveladoras algunas palabras como libertad, individualismo, movilidad y pragmatismo que "resuenan en el espíritu estadounidense". El actual debate nacional sobre los valores estadounidenses no es repudio, sino prueba de su aplicación a un ámbito más amplio de circunstancias. La cuestión que siempre ha planteado una dificultad a la democracia estadounidense ha sido la relación entre la igualdad y la libertad.

Hay que ver la amplitud de la actividad política en Estados Unidos para entenderla. No más se pone pie en suelo estadounidense, queda uno pasmado ante una especie de tumulto... Es imposible dedicarle más esfuerzo a la búsqueda de la felicidad.

—Alexis de Tocqueville, La Democracia en América

Los intentos por definir la naturaleza de la sociedad estadounidense suelen comenzar con esta cita de La Democracia en América, obra maestra decimonónica de Alexis de Tocquevillle. Resulta extraordinario que un libro escrito sobre un país perpetuamente mudable, inexorablemente moderno y completamente falto de un sentido de tradición date de más de 150 años, y que su descripción sea todavía

cónsona con la actualidad. Es mucho más sorprendente que el estudio de Tocqueville sobre un pueblo mayormente rural, protestante y anglosajón (y de afroestadounidenses esclavizados) hable de una nación o a la nación urbana, industrializada y multicultural en la que cientos de millones viven en movimiento hoy.

Si las observaciones que se hicieron en la primera mitad del siglo XIX son aplicables todavía

Sección Informativa y Cultural
Centro de Recursos Informativos
Amador Washington
Edificio Clayton, Clayton
Tel: 207-7100 / Fax: 207-7363

a los Estados Unidos de principios del siglo XX1, es lógico presumir que existe una naturaleza constante que es la "médula" de la sociedad estadounidense. No obstante, para entenderla hay que distinguir entre el sentido de independencia de Estados Unidos y el de las sociedades tradicionales que captan su identidad de sus vínculos con la fe, la etnicidad y la memoria. Para hablar sobre una identidad estadounidense se necesita hacer un nuevo examen de qué es lo que mantiene unida a una comunidad nacional y qué es lo que constituye una cultura nacional.

Para ser un estadounidense pleno, tal como define Estados Unidos a sus ciudadanos, no se requieren vínculos ancestrales a la nación, a sus culturas étnicas predominantes o a sus tradiciones religiosas. Los estadounidenses, en su carácter individual, pertenecen a una multitud de culturas históricas, pero lo que tienen en común unos con otros es algo muy diferente. En el fondo de su independencia nacional existe un contrato social perdurable que impulsa un proceso enérgico. El propósito del presente ensayo es comprender el significado del contrato y la evolución del proceso.

El presidente George W. Bush posa junto a 29 ciudadanos estadounidenses recién naturalizados frente a la Estatua de la Libertad en la isla de Ellis en Nueva York. (AP Photo/Ron Edmonds)

Opción y responsabilidad

La afiliación en la comunidad nacional exige sólo la decisión de convertirse en estadounidense; una decisión política que lleva implícito un aspecto moral. Se presume que todos los estadounidenses, los nacidos en el país inclusive, son estadounidenses por elección y no meramente por un legado histórico. De hecho, la pasión por "optar" puede ser el principal impulso y valor de la sociedad. Es el modo activo de la libertad y presume no sólo la ausencia de limitaciones políticas y económicas, sino la oportunidad de elegir en un amplio abanico de posibilidades. En su manifestación más trivial, la cultura convalida este principio en la proliferación de la infinita variedad, a menudo insignificante, de opciones de consumo.

En un nivel más profundo está, el amor por la optación, en el recuerdo de la oportunidad para salir del callejón sin salida en una vida arraigada en culturas ancestrales y de crear en un Nuevo Mundo la vida que uno desea llevar. Muchos estadounidenses repiten de manera literal este patrón de emigración al desplazarse hacia los estados del oeste, o de manera simbólica en su vida profesional o social buscando nuevos comienzos o segundas oportunidades. Y si bien la trágica experiencia de los indígenas estadounidenses y de los afroamericanos ha frustrado esta facultad optativa, que es un determinante de la nación, también ellos han reclamado su derecho a decidir su propio destino y a participar de las posibilidades que le otorgan sus derechos de nacimiento como estadounidenses.

Estados Unidos cree en la propia invención y celebra al "hombre que triunfa por su propio esfuerzo" y, en la actualidad "a la mujer que triunfa por su propio esfuerzo". Un punto medular de esta creencia es la convicción de que las circunstancias heredadas y los antepasados son muchos menos importantes que el camino que uno escoge para sí mismo, y el esfuerzo que invierte en esa elección. Los héroes estadounidenses "provienen de la nada" y "se hacen por su cuenta" Y salvo por las barreras obstinadas y heréticas de la raza, que se discutirán más adelante, los estadounidenses presumen que sus orígenes y los de los demás pueden enriquecer sus vidas, pero no determinan su futuro.

Si bien es liberador como proposición y como ideal, el concepto de la libre voluntad social y económica también coloca sobre la persona la carga de la responsabilidad por su propia suerte. En una sociedad en perpetuo estado de evolución, no hay absolutos sociales o económicos, ni indulgencia por la incapacidad para mejorar su vida no importa por el motivo que sea. Cuando se frustran las ambiciones y se niega la prosperidad, los estadounidenses consideran que hay una perversión en el orden natural

de las cosas.

Aunque la pasión por el optar es el motor del individualismo estadounidense, es también remedio de comportamientos egoístas. Desde el punto de vista de sociedades más tradicionales, los estadounidenses pueden dar la impresión de ser una nación de individuos atomizados en caída libre en un vacío social, pero lo cierto es que ellos no han eliminado su sentido de obligación social. Sólo han reemplazado la base de su heredad.

Los estadounidenses son participantes, voluntarios y filántropos. Asumen una serie de obligaciones y responsabilidades libremente adquiridas, de modo que dirigen su individualismo hacia un fin social. Si a los europeos, asiáticos, africanos y latinoamericanos les extraña en Estados Unidos la falta del sentido de familia extendida, vínculos ancestrales y de lealtad a una clase social, los estadounidenses también se maravillan de lo que, a su manera de ver, es la renuencia poco generosa de los miembros de culturas tradicionales para aprovechar oportunidades no vinculadas a la religión o a la familia y contribuir voluntariamente y dar apoyo financiero a causas justas.

Eclecticismo como valor

La sociedad estadounidense ha aparejado la ética de la optatividad con una variedad infinita de tradiciones, ideas y oportunidades. La mezcla de pueblos y costumbres que se advierte en el diario vivir estadounidense, con los notables cambios que muchas comunidades han experimentado al emigrar de su patria, ha resultado en la práctica de probar y prestar y mezclar estilos, rituales y, sobre todo, comidas. Este eclecticismo, que puede parecer desordenado en culturas históricamente más unidas, se convierte en Estados Unidos en un valor y en un signo distintivo de vitalidad. Es lo que da forma a la nación y, en definitiva, a gran parte del arte y la literatura del país. Los artistas, escritores y arquitectos de Estados Unidos consideran que es derecho propio la optatividad y la elección entre los elementos de culturas nacionales y foráneas, para combinarlos en una nueva totalidad estadounidense.

Las fuerzas que se mueven en el meollo del sistema estadounidense de valores, creencias e identidad encontraron su expresión más temprana y acoplada en las palabras "derechos inalienables" de todos los seres humanos, que en la Declaración de Independencia de 1776 se describen como "vida, libertad y búsqueda de la felicidad". No fue la felicidad lo que pidió Tomás Jefferson, autor de la Declaración, para sus conciudadanos y para la humanidad, sino su "búsqueda". Desde el comienzo, han sido pocas las ideas utópicas en la corriente principal del pensamiento político estadounidense, y poco el sentido de un Estado ideal o de una condición humana ideal que se deba construir mediante la planificación social. Más bien ha sido la propia condición de esforzarse, de evolucionar, la experiencia de vivir libremente, lo que estimula la imaginación nacional. Las palabras que conmueven a los estadounidenses son reveladoras: "libertad", "movilidad", "individualismo", "oportunidad", "energía", "pragmatismo", "progreso", "renovación", "competición". No son palabras secas y descriptivas. Nos hablan del espíritu estadounidense.

Bill Clinton, en su victoriosa campaña presidencial de 1992, tomó como consigna el "cambio", una de las palabras más evocadoras del vocabulario estadounidense. Parte del atractivo que tiene el cambio para la cultura estadounidense se basa en la esperanza de que cada cambio trae una mejoría. Sin embargo, la expectativa optimista de que el cambio representa el progreso "ipso facto" es menos importante que la

firme tendencia hacia la aversión y hasta temor a la permanencia de una autoridad o política. Durante el debate para aprobar la propuesta de Constitución, Tomás Jefferson advirtió que incluso permitirle a un presidente más de cuatro años en su cargo, sin garantía de rotación, podría convertirlo prácticamente en un "funcionario vitalicio". La preocupación de Jefferson se basaba en la premisa fundamental estadounidense de que la soberanía es del pueblo, quien sólo la otorga temporal y condicionalmente al funcionario.

Límites a la autoridad

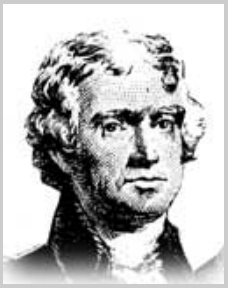
La naturaleza agitada y antagonista del proceso estadounidense tiene como fin dar una garantía contra el abuso del poder. No se puede confiar la autoridad a ningún partido o persona por demasiado tiempo. Las personas son corruptibles y las políticas pierden su novedad. La estancia prolongada de un partido en la Casa Blanca provoca inquietud en el electorado. Ningún conjunto de ideas o líderes pueden mantener su lealtad por mucho tiempo. Es la dinámica del propio sistema lo que aporta a los estadounidenses lo que necesitan y lo que confían: el equilibrio de fuerzas, la fiscalización de la verdad por medio del reto y la exposición, que se tenga presente la vanidad y el peligro del poder, los beneficios del cambio, el crecimiento y la experimentación, y sobre todo el encanto de empezar de nuevo.

Luego, es paradójico que Estados Unidos logre su continuidad con la insistencia en el cambio, y su estabilidad con la integración del conflicto. No se trata simplemente de una costumbre de una tradición electoral discordante, sino una estrategia incorporada al propio marco de gobierno. El historiador Michael Kammen ha descrito el sistema que los autores de la Constitución pusieron en marcha en 1780, como uno de "conflicto dentro del consenso". Como lo define Marcus Cunliffe, otro historiador: "incorporaron la fricción en el documento, con toda intención, como salvaguarda contra la corrupción y la dictadura".

No se trata, en realidad de una fórmula para la eficiencia. Aunque la tecnología y la administración estadounidenses celebran el ideal de la eficiencia, la nación como cultura política siente una profunda desconfianza de la planificación de largo plazo, de la concentración del poder y de la adopción demasiado fácil de las decisiones nacionales. El gobierno constitucional frustra deliberadamente la acción concertada por medio de la separación de poderes, y de un sistema de limitación y equilibrios. Este sistema político puede conducir y conduce al conflicto, a la frustración y al ocasional estancamiento cuando falta un compromiso entre estadistas o compatibilidad de filosofías políticas en las ramas ejecutiva, legislativa y judicial. Pero también logra una garantía real contra la usurpación de la autoridad.

El sistema político promueve también el equilibrio de las autoridades federales, estatales y municipales, que

Original de Estados Unidos
Libertad religiosa



Tomás Jefferson (1743-1826) fue un intransigente defensor de la libertad religiosa y política y autor del documento más preciado de Estados Unidos, la Declaración de Independencia. Su texto "Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre estos la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad" son de las primeras que memorizan los niños de edad escolar de Estados Unidos. El Estatuto de Virginia sobre Libertad Religiosa (1786), también de Jefferson, garantiza la libertad de culto religioso y prohíbe al estado dar apoyo o destinar fondos públicos a una religión en particular. Jefferson fue el tercer presidente estadounidense, entre 1801 y 1809, y antes ocupó los cargos de secretario de Estado, vicepresidente y ministro de Estados Unidos en Francia. Experto arquitecto, lingüista y naturalista, Jefferson dijo que deseaba ser recordado por tres cosas: como autor de la Declaración de Independencia, autor del Estatuto de Virginia sobre Libertad Religiosa y como el padre de la Universidad de Virginia.

conduce a una fuerte renuencia en el plano nacional a imponer políticas en muchos campos. Estados Unidos no cuenta con un solo sistema de educación, de cultura o, hasta la fecha, de un sistema de salud administrado directamente desde Washington. La política sobre éstas y otras cuestiones surge mayormente de la persuasión, la coordinación, la creación de coaliciones y la negociación entre partidos, electores, grupos de intereses especiales y regiones. El sector privado tiene un papel muy importante, que refleja la energía liberada de un mercado abierto de ideas, programas y recursos. Otro actor significativo es una prensa suspicaz.

Igualdad frente a libertad

A pesar de la tradición de un gobierno bajo control, muchos estadounidenses del pasado siglo propusieron una nueva visión de la función del Estado. Si una sociedad sólo necesita ser liberada del yugo del gobierno para disfrutar de los beneficios de la libertad, luego la tarea de la reforma política se completa cuando se contrapesan las peores tendencias del gobierno y se liberan las energías sociales. Sin embargo, ello presume que las realidades políticas, sociales y económicas subyacentes hacen posible la participación equitativa de los beneficios plenos de la libertad, o lo contario, que sólo algunos miembros de la sociedad llenan los requisitos para ser participantes activos. Las generaciones de reformistas estadounidenses han exigido que su sociedad reconozca a los excluidos, y luego han utilizado al gobierno como garante de su libertad de participar en la promesa estadounidense. Han sido constantemente retados por otros que temen que el poder del gobierno sea un asalto a la libertad. En definitiva, ha sido más fácil plantear la pregunta sobre la democracia estadounidense pero muy difícil responderla: ¿Cuál es la relación entre igualdad y libertad?

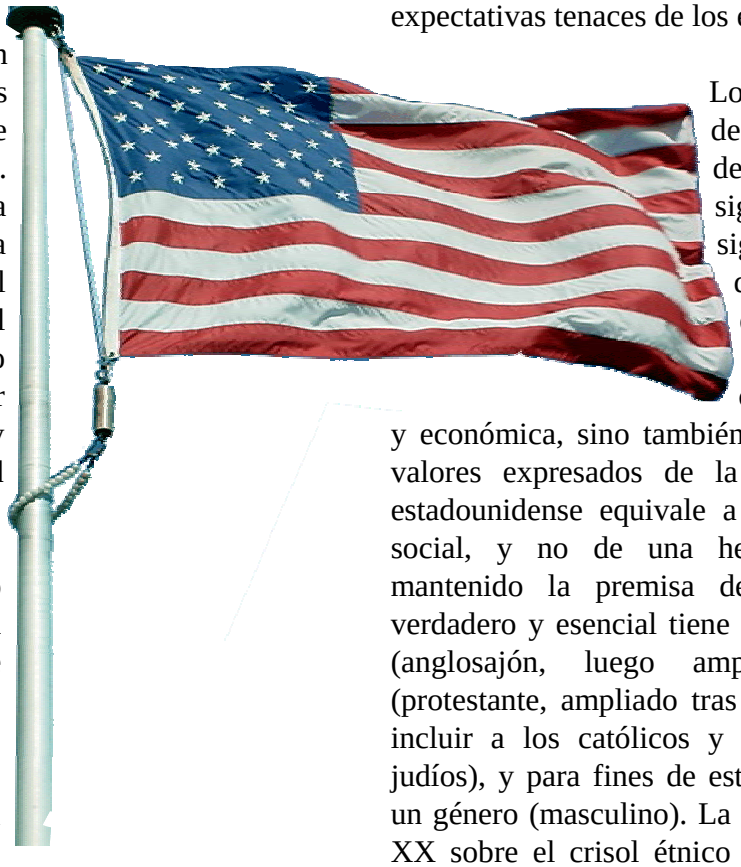
Según las normas del siglo XVIII, la nueva nación había efectuado un cambio radical en la idea de consentimiento político al delegar la autoridad final en el pueblo, pues todos, en palabras de la Declaración de Independencia, son "creados iguales". Sin embargo, la participación real en la nueva comunidad política de Estados Unidos se limitó en maneras que los estadounidenses modernos encontrarían intolerables y hasta inconcebibles.

La Guerra Civil de la década de 1860 rectificó la ofensa de la esclavitud en una sociedad libre, seguida por las enmiendas 14 y 15 a la Constitución, que extienden los derechos políticos a la mitad de la población afroamericana. La otra mitad, la femenina, tendría que esperar hasta la adopción de la Enmienda 19 en 1920, que finalmente integró al grupo más numeroso de estadounidenses sin derecho al voto a la comunidad política.

Los derechos políticos recibieron más apoyo legislativo con la promulgación de la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de Derecho al Voto de 1965. Sin embargo, aun después de varios años de aplicación deliberada y dirigida de derechos políticos básicos, y de los reclamos insistentes del movimiento de derechos civiles, la cuestión más básica de la naturaleza de la igualdad como condición previa de la libertad se mantenía sin resolver en la cultura estadounidense a mediados de siglo. El acceso justo y equitativo a derechos políticos, cuando finalmente sea resuelto, no garantizará a todos la plena participación en la promesa de la vida estadounidense. Cualquier argumento de que esta desigualdad de circunstancias se deba a las limitaciones "innatas" de las comunidades y categorías excluidas de estadounidenses amenaza el propio concepto del individualismo estadounidense. La mera idea de que el destino es capaz de encajonar a una persona, de hacerla vivir una situación difícil por su clase, raza y género, es aborrecible. Se trata más bien de una cuestión de barreras artificiales establecidas por la sociedad, sostienen algunos, particularmente la del racismo, pero también el sexismo y los factores

sociales y económicos. Entonces surge la pregunta, ¿cuál es la responsabilidad de la nación?

Los reformistas han argüido generalmente el caso para la intervención dentro del marco de la dinámica estadounidense. El gobierno se insertó inicialmente como un actor activo en la vida económica de la nación durante la Era Progresista de principios del siglo XX, y luego en la administración del "Nuevo Arreglo" de Franklin Delano Roosevelt (a mediados de siglo) como contrapeso a las fuerzas sociales y económicas que amenazaban la igualdad en la sociedad. A finales de la segunda mitad del siglo XX, el marco de la política social se hizo aun más activista al intentar obrar un efecto sobre las condiciones en las que los estadounidenses se preparan, compiten e interactúan. Recientemente, la política social ha reflejado la pregunta fundamental sobre la función del gobierno: cómo y cuánto se pueden regular mejor los acuerdos económicos y sociales en una sociedad que precia y se basa en el principio de la libertad individual, y cómo celebrar la iniciativa, el ingenio y la autonomía de cada persona.



Cuando la mayoría de los estadounidenses habla sobre igualdad, se refiere a igualdad de oportunidades, no de resultados. Desde el principio, los estadounidenses rara vez han defendido o demostrado un compromiso con una sociedad con igualdad de propiedad o condición. Parte del sueño estadounidense es la creencia, el "valor" de que las personas, que son diferentes en iniciativa, energía y talento, deben disfrutar de los frutos dispares de su esfuerzo. No se supone que haya una garantía de resultados iguales. Muchos estadounidenses no quieren una sociedad igualada, pero si quieren un terreno igualado de juego.

¿En realidad lo desean? Es un dilema constante de la vida estadounidense que las generalizaciones sobre objetivos, valores y circunstancias de la sociedad se vienen abajo cuando se confronta a la obstinada herencia de las diferencias raciales. Pero es asimismo cierto que los estadounidenses han utilizado por mucho tiempo la crítica mordaz con palabras acaloradas y el choque de fuerzas sociales para impulsarse hacia adelante. Las jeremiadas que advertían de la caída de las comunidades individuales o de toda la nación se remontan a la época de los puritanos, que sirvieron en ese entonces, como en épocas sucesivas, como incentivo para el cambio y la acción, y como medida de la impaciencia y de las expectativas tenaces de los estadounidenses.

Lo que exigen los activistas de las principales corrientes de pensamiento de fines de siglo XX, y de principios del siglo XXI, es la realización de la lógica de la democracia estadounidense. La cuestión no es sólo política y económica, sino también cultural. Aun cuando los valores expresados de la sociedad dicen que ser estadounidense equivale a ser parte de un contrato social, y no de una herencia particular, se ha mantenido la premisa de que el estadounidense verdadero y esencial tiene determinados antecedentes (anglosajón, luego ampliado a europeo), fe (protestante, ampliado tras años de hostilidades para incluir a los católicos y con más renuencia a los judíos), y para fines de estado político y económico, un género (masculino). La idea de principios de siglo XX sobre el crisol étnico afirmaba, por lo menos a algunas comunidades, que no tenían que haber nacido dentro de una herencia particular, pero se esperaba que se convirtiesen cultural y políticamente en estadounidenses para perder, en efecto, los signos que los diferencian de la mayoría de los estadounidenses.

El argumento a favor del reconocimiento de la diversidad de culturas y antecedentes como algo fundamental, no solo para la realidad estadounidense sino para los ideales estadounidenses, ha obligado a la sociedad a debatir nuevamente las implicaciones de

esta noción poco usual de ver una comunidad nacional como proceso e interacción. Desde los años 60 del siglo pasado, los defensores de la diversidad han intentado crear una metáfora apta para la sociedad estadounidense que incluya, y no excluya o disuelva. Cada generación de estadounidenses ha defendido la idea de que el estadounidense es una mezcla de opiniones, pueblos, creencias, culturas y, más recientemente lenguajes, hasta el punto que muchos temen que el centro no aguantará más. Hasta la fecha, el historial de cohesión nacional da esperanzas para el futuro, pero el futuro está lejos de ser comprendido universalmente, tal como se ha garantizado, en vista de las inquietudes que prevalecen en algunos miembros de las comunidades de la mayoría de que el tejido nacional se está deshaciendo, y entre algunos miembros de las comunidades de minoría de que nunca serán genuinamente integrados en la mezcla estadounidense.

Someter a prueba los valores

Asimismo, y en otros aspectos, el debate actual sobre valores estadounidenses representa no su repudio sino una prueba de su aplicación a un ámbito más amplio de circunstancias. El crecimiento del movimiento femenino estadounidense nos recuerda que una vez se presumía que la biología eximía a mitad de los estadounidenses de su inclusión en la vida política, y luego profesional y económica, en la dinámica del país. La barrera del género no se ha venido completamente abajo, pero está bajo ataque constante. También han quedado atrapados en la revolución continua de las expectativas estadounidenses los principios sociales, como el de la familia, que son constantemente vulnerables a la ética optativa y la realización de cada persona. Tan temprano como el siglo XIX, los estadounidenses transformaron las tradiciones del matrimonio para hacer posible la libre elección de la pareja. Esta idea se amplió con el paso del tiempo para incluir el derecho de convivir juntos "sin el beneficio de un clérigo" o de contraer matrimonio y luego divorciarse, y crecientemente se debate la definición de lo que constituye una familia dentro o fuera del marco legal. Cada vez más, las relaciones entre hijos y padres, y entre generaciones de jóvenes y mayores, ponen a prueba los límites de la autoridad y el consentimiento a un punto nunca imaginado en épocas anteriores.

Esta son tendencias actuales estadounidenses, pero son también, y a menor medida, tendencias de todas las culturas industrializadas y democráticas. Los estadounidenses deben empezar a preguntarse cómo la cultura que una vez los definía como únicos, por lo menos en algunos aspectos, se ha convertido en la cultura del modernismo global. Ha sido una sorpresa ver cómo varios países asiáticos son proclamados naciones del siglo XXI por sus adelantos tecnológicos e industriales, como los europeos occidentales se han identificado con la idea de una gran unión de estados y un mancomunado dinámico, y como las democracias emergentes, si bien torturadas, de Europa Oriental y Central se identifican con las aspiraciones de un electorado entusiasta.

A pesar de todo, los estadounidenses pueden comprobar la ventaja que les da su larga historia de apertura y cambio políticos, de tolerancia de conflictos, energía empresarial y mezcla cultural. Su flexible historia puede servir como fórmula para la estabilidad durante los golpes que continuamente asesta el modernismo global, para confirmar y no socavar las tradiciones nacionales.

Marc Pachter es director de la Galería Nacional de Retratos de la Institución Smithsoniana en Washington, D.C. Antes se desempeñó como vicesecretario adjunto para asuntos externos del Smithsonian. Pachter es autor y ha editado varios libros y participado en muchos programas de radio y televisión sobre cuestiones culturales e históricas de Estados Unidos. Este artículo es una reimpresión y un resúmen del publicado en el libro Identities in North America, The Search for Community, editado por Robert L. Earle y John D. Wirth. Copyright © 1995, por el Consejo Síndico de la Universidad Leland Stanford Jry. Todos los derechos reservados. Se utiliza con permiso de Stanford University Press, www.sup.org.

Estados Unidos en 2005: Quiénes Somos Hoy

http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/ijss1204.htm

Publicación Electrónica del Departamento de Estado de Estados Unidos

CONTENIDO

Acerca de esta publicación
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/welcome.htm

Los editores

La Identidad Estadounidense
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/pachter.htm

Marc Pachter, director, Galería Nacional de Retratos, Institución Smithsoniana
El autor examina el "resistente contrato social" que sostiene a Estados Unidos y argumenta que el actual debate sobre los valores estadounidenses no representa su repudio, sino su aplicación en circunstancias que se amplían.

Quiénes Somos

El Rostro Cambiante de Estados Unidos
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/singer.htm

Audrey Singer, Asociada en Inmigración, Instituto Brookings
La velocidad y la diversidad de la inmigración contemporánea está cambiando rápidamente la mezcla étnica en Estados Unidos, y los estadounidenses cada vez más se identifican en términos multirraciales. Un recuadro, titulado Quién Puede Ser Ciudadano, muestra por qué la ciudadanía en Estados Unidos no tiene límites étnicos.

Semblanzas
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/profiles.htm

Nuestra vasta red de corresponsales ha hecho el perfil de trece personas cuya historia personal permite tener una imágen, aunque muy lejos de ser completa, de Estados Unidos en el año 2005. Los entrevistados proceden de una amplia variedad de estadounidenses comunes, además de algunas personas que probablemente usted ya conozca.

Hibba Abugideiri: profesora universitaria
Enes Elezovic: estudiante universitaria
Helen Fitzhugh: profesora de ciencias
Reymundo Govea: supervisor paisajista
Michael Jinbo: director de orquesta
Stephen Johnson: empresario internacional
Anne Korff: directora coral, escritora, etc.
Haley Joel Osment:actor
Colin Powell: soldado y estadista
Craig Saffoe: cuidador de chitas
Renea Slater: clériga ordenada
W. Richard West: director de museo
Ray y Diane Young Parker: propietarios de restaurante

Permanecer Unidos
El debate sobre temas políticos, religiosos y sociales es parte y es componente inseparable de la sociedad estadounidense desde el comienzo de Estados Unidos y, sin embargo, los estados siguen unidos.

¿Todavía E Pluribus Unum? Sí
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/wolfe.htm

Alan Wolfe, profesor de ciencias políticas y director del Centro Boisi de Religión y Vida Pública Estadounidense en el Colegio de Boston (Massachusetts)
Frente a tanta diversidad, hay quienes comienzan a argumentar que los estadounidenses carece de una cultura común. Están equivocados.

Debate sobre la Inmigración
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/barone.htm

Michael Barone, escritor principal, U.S. News & World Report y Victor Hanson, Asociado Principal, Institución Hoover
Dos expertos analizan sus puntos de vista divergentes sobre el impacto que las actuales tendencias inmigratorias tienen en Estados Unidos.

Retornar al Hogar

Un Valle en California
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/houston.htm

James Houston, novelista
Las urbanizaciones y las empresas de alta tecnología, que han ocupado el lugar de los ciruelos frondosos, y de otras frutas que, como el padre del escritor, solía cultivar, y las olas de inmigrantes han convertido el Valle de Santa Clara en California una rica mezcla de culturas.

Un Pueblo en Virginia Occidental
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/gates.htm

Henry Louis Gates, Profesor W.E.B. Du Bois de Humanidades en Harvard y director del Instituto W.E.B. Du Bois para Investigaciones Afronorteamericanos.
En esta republiación de un artículo de un periódico electrónico anterior, el autor reflexiona sobre lo que significó crecer en Piedmont, Virginia Occidental. El corresponsal Mark Jacobs actualiza la situación en ese pequeño pueblo minero en los Apalaches.

Información Adicional

Bibliografía, en inglés
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/bib.htm

Recursos en la Internet, en inglés
http://usinfo.state.gov/journals/itsv/1204/ijss/sites.htm